suelos y caricias, fortaleciéndolos en su agonía, llegando al grado de servirles con vuestras manos con una ternura que ignora aun una madre. Yo no merezco estos favores, ni los espero, ni los pretendo; pues están justamente reservados á esas almas felices que por una vida angelical, se han hecho dignas de recibir en la hora de su muerte esos preciosos testimonios de vuestro amor. A mí me basta, madre y Señora mia, que me alcancéis la gracia de morir bien. Con todo esto, yo os pido también que estéis presente á mis últimos instantes por vuestra protección y vuestro poderosísimo socorro. Alcanzadme la paciencia en los dolores de mi agonía, haced que yo espire con vuestro nombre bendito en mis labios, y besando las sagradas llagas de mi Jesús crucificado.

¡Ah! ¡cuánto temo que oprimido entonces por la grandeza de mis males, no sepa yo en aquel momento recurrir á Vos cuanto lo exija la necesidad extrema en que me encuentre! Por esta razón me dirijo al presente á vos para aquella última hora, y os digo con el Profeta: *cuando faltare mi fuerza, no me desampares.* (Salmo 70, v. 9). Cuando mi inteligencia flaqueare con mis fuerzas, cuando habré casi perdido el sentimiento de la vida, cuando oprimido el cuerpo sea un obstáculo á las operaciones de mi alma, ¡ah! entonces ¡oh María! no me abandonéis. Socorred en aquella hora á vuestro pobre siervo que desamparado de todos no tendrá más

apoyo que el vuestro. ¡Oh misericordiosa madre! si os dignáis recibirme bajo la sombra de vuestro patrocinio, yo me acercaré tranquilo hacia las tinieblas de la muerte, y podré decir con David: *aun cuando yo anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo.* (Salm. 22, v. 9.) ¡Oh Vírgen piadosísima! por aquel inmenso dolor que sufrísteis al pie de la cruz, en la muerte de vuestro divino Hijo, sedme propicia en la hora de la mía, dignaos condescender ahora con mi humilde súplica, á fin de escucharla en el último día de mi presente vida, para que protegido por vos en el último trance, pueda ir á gozar en la otra del esplendor de vuestra gloria, para alabaros, bendeciros y amaros por los siglos de los siglos. Así sea.

VIII.

Recepción espiritual del Sacramento de la Extrema Unción.

(Traducida de la obra del P. Bernardino de Piconio, capuchino, titulada: « Manera de santificar su vida por la preparación para la muerte »).

Penetrado de los más grandes sentimientos de compunción, confesaos sacramental, o espiritualmente delante de Dios. En seguida, retirado en vuestro apo-

sento, delante de un crucifijo ó en la iglesia, adorad á Jesucristo clavado en la cruz: haced de nuevo actos de dolor de todos vuestros pecados, y de confianza en los méritos de Jesucristo.

Decid: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: que todo el poder del demonio se destruya en mí por la imposición futura de las manos del Sacerdote, y por la invocación de todos los santos ángeles, arcángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, de las santas vírgenes y generalmente de todos los santos. Así sea.

EN LOS OJOS.

Concluida esta oración, haced la señal de la cruz con el pulgar de la mano derecha sobre los ojos; y aplicando realmente el crucifijo si estáis en vuestro aposento, ó espiritualmente si es en la iglesia, decid: Por aquella Santa Unción, que espero recibir un dia, y por vuestra piadosísima misericordia os suplico, Dios mío, me perdonéis todos los pecados que he cometido por los ojos. Así sea.

Haced, al llegar aquí, alguna reflexión acerca de los pecados cometidos por cada sentido, y esto con tanto más cuidado, cuanto que de ordinario en la enfermedad no se tiene tiempo de hacerla debidamente.

Vos me habéis dado los ojos ¡oh fuente de mi

vida! á fin de que la vista de vuestras obras me excitase á bendeciros, alabaros, y á tributaros mil acciones de gracias, y por un abuso de vuestros dones, por un trastorno de vuestros designios, me he servido de ellos para ofenderos por una infinidad de miradas curiosas, impuras, etc.

¡Perdón, oh Dios mio! del abuso que he hecho de vuestros dones; perdón de todos los pecados que he cometido por los ojos. Os lo pido por los méritos infinitos de Jesucristo vuestro Hijo muy amado, por la virtud de su sangre preciosa en la cual espero ser lavado, por el sacramento que ha instituido para la purificación de mis sentidos.

En satisfacción de los pecados que he cometido por los ojos, os ofrezco la santidad de los ojos sagrados de Jesucristo, y los méritos infinitos de sus miradas, en expiación de mis miradas criminales.

EN LOS OIDOS.

Haced la señal de la cruz en los oídos y decid: Por aquella Santa Unción qne espero recibir algún día, y por vuestra piadosísima misericordia, os suplico, oh Dios mio, me perdonéis todos los pecados que he cometido por el oído. Así sea.

Haced reflexión sobre ellos y consideradlos en particular.

Vos me habéis dado los oídos, ¡oh Ser de mi

ser! *á fin de que escuche la voz de vuestras alabanzas y que anuncie vuestras maravillas* [1]. Y por un abuso de este don, he aplicado mis oídos á escuchar impiedades, maledicencias, abominaciones, etc.

Perdón, ¡oh Díos mio! misericordia! Yo os lo pido por los méritos infinitos de Jesucristo mi Salvador, y por los méritos de su sangre preciosa en la cual espero ser lavado, por el sacramento que ha establecido para la santificación de mi ser.

En satisfacción de los pecados que he cometido por el oído, os ofrezco, Señor, la santidad del oído de Jesucristo, y los méritos de todas las acciones santas que ha practicado por este sentido.

EN LA NARIZ.

Haced la señal de la cruz sobre la nariz: aplicad el crucifijo, y decid: Por aquella santa Unción que espero recibir algún dia, y por vuestra piadosísima misericordia os suplico, Dios mío, me perdonéis todos los pecados que he cometido por el olfato. Así sea.

Reflexionad un poco.

¡Oh admirable y adorable artífice de mi cuerpo,

[1] Ut audiam vocem laudis tuae, et enarrem universa mirabilia tua. Ps. XXV. 7.

que lo habéis formado con un arte tan prodigioso, y habéis colocado tan sabiamente en él todos los sentidos, yo os pido perdón del mal uso que he hecho de ellos! Detesto particularmente las delicadezas de mi olfato, pues yo que merecia por mis pecados, habitar en las cloacas y en medio de la podredumbre, he huido no obstante con horror de los malos olores, y he gustado con placer y sensualidad los perfumes exquisitos.

Yo os pido perdón ¡Dios mío! por los méritos infinitos de Jesucristo, y por su sangre preciosa, en la cual espero ser lavado, por el sacramento que ha establecido para la última santificación de nuestros sentidos.

Por los desórdenes de mi olfato que sólo ha servido para ofenderos, os ofrezco la santidad del olfato de Jesucristo que os ha honrado infinitamente.

EN LA BOCA.

Habiendo hecho lo que queda expresado, decid: Por aquella Santa Unción que deseo recibir un día, y por vuestra piadosísima misericordia, os suplico, Dios mío, me perdonéis todos los pecados que he cometido por el gusto y por el habla. Así sea.

Pensad en estos pecados que son innumerables. ¡Cuántas intemperancias! cuántas delicadezas! ¡qué exceso en el comer! ¡cuántos discursos vanos, falsos y menti-

rosos, soberbios, altivos, arrogantes y ofensivos al prójimo! ¡cuántas conversaciones deshonestas! etc.

Perdón, Señor, por todos los desarreglos de mi boca y de mi lengua: yo os lo pido por los méritos infinitos de Jesucristo, y por su sangre preciosa, en la cual espero ser lavado por el sacramento que ha establecido para este efecto.

En satisfacción de mis delicadezas y destemplanzas, yo os ofrezco el ayuno de Jesucristo vuestro Hijo; os ofrezco su obediencia y su mortificación en gustar la hiel y vinagre sobre la cruz.

En satisfacción de mis palabras desarregladas, os ofrezco el silencio de su boca durante su infancia y su vida retirada, y principalmente su silencio delante de los jueces. (1) Os ofrezco todas las palabras sagradas salidas de su castísima boca, (2) y todo el honor que os ha tributado por su callar y su hablar.

EN LAS MANOS.

Por aquella Santa Unción, etc., os pido perdón de todos los pecados que he cometido por el tacto. Así sea.

---

(1) Et non aperuit os suum. Isai. LIII. 7. Jesus autem tacebat. Math., XXVI. 63.

(2) Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo, Joan. VII, 46.

Así como no hay sentido más extendido, pues que está derramado por todo el cuerpo, así también no hay otro que haya ensuciado más mi cuerpo y profanado mi alma.

Entre los méritos de Jesucristo, os ofrezco en satisfacción, la santidad de su cuerpo, y todos los dolores que sufrió por los azotes, por los clavos en sus sagradas manos, etc.

EN LOS PIES.

Por aquella Santa Unción, etc., os suplico me perdonéis los pecados que he cometido por el andar. Así sea.

¿Cuántos falsos senderos he pisado, y cuántos pasos desarreglados he dado durante mi vida? Os pido perdón de ellos ¡Dios mío! por los méritos infinitos de Jesucristo, etc.

En satisfacción de todo cuanto he andado en el pecado y por el pecado, os ofrezco los caminos, las fatigas y todos los pasos sagrados de Jesucristo, el dolor de sus pies traspasados con clavos por mis pecados, y la sangre preciosa que de ellos salió para mi remedio.

EN EL PECHO O ESPALDA.

Por la Santa Unción, etc., os pido perdón de todas las impurezas de mi vida. Ellas son tanto

más criminales, cuanto es más santo mi estado, pues por mi bautismo tengo el honor de ser miembro del cuerpo de Jesucristo, y quedé hecho templo vivo del Espíritu Santo.

Perdón os pido, Señor, por los méritos infinitos de Jesucristo, por la sangre preciosa con la cual espero se lavado, etc. En satisfacción os ofrezco todos los dolores de su Pasión santísima.

Extended ó abreviad todos los actos arriba expresados, más ó ménos según vuestra devoción.

En seguida decid los Salmos penitenciales de David, y las Letanías de los santos, que se acostumbran recitar cuando se administra este Sacramento, ya que quizá no tendréis tiempo de recitarlos á la hora de vuestra muerte.

IX

Aceptación de la muerte.

(Propia para practicarse una vez al año, en un día de retiro.)

Señor y Dios mío, yo lo quiero porque Vos lo queréis. Me someto á vuestra voluntad á pesar de mi repugnancia natural; acepto de vuestra mano y beso humildemente la sentencia de muerte que habéis pronunciado contra mí.

Me someto á ella como creatura racional, como pecador, y creatura tantas veces rebelde; y en fin, como cristiano y creatura renovada por vuestra gracia.

1°. Como creatura racional.

Yo reconozco y adoro vuestro soberano dominio sobre mí. Vos me habéis creado, Señor, vos me habéis conservado hasta el presente, y queréis al fin quitarme la vida. Yo adoro vuestra voluntad suprema y con toda humildad me someto á ella.

Vos sois el dueño absoluto de todos los séres (1): sois especialmente el dueño absoluto de mi vida; y yo dependo esencialmente de vos en el tiempo y por toda la eternidad: haced de mí pues lo que fuere de vuestro agrado (2); yo consiento en todo, á nada resisto, y recibo gustoso la muerte de vuestras santísimas manos.

¡Oh! hombre amasado de barro, frágil vaso de arcilla, ¿quién eres tú para contradecir la voluntad de tu Criador? (3)

Por la misma omnipotencia con que te ha formado, tiene derecho, cuando le plazca, de quebran-

---

(1) Dominus universorum tu es. II. Mach. XIV, 35.
(2) Quod bonum est in oculis suis faciat. II, Reg., XV, 26.
(3) O homo, tu quis es, qui respondeas Deo? Rom. IX, 20.

tarte, romperte y reducirte á polvo; y ¿qué puedes tú decirle sino: *Que haga de mí lo que fuere su voluntad?*

Reconoced pues, aquí, el soberano dominio de Dios sobre vos, y adorándole, sometéos á él.

2°. Como pecador y creatura tantas veces rebelde.

Reconozco, ¡oh Dios mío! la equidad de vuestros juicios sobre mí: yo he merecido mil y mil veces la muerte por tantos y tan grandes pecados como he cometido.

(Traed á la memoria vuestros pecados).

En esta confesión suscribo á mi sentencia de muerte pronunciada en el tribunal de vuestra justicia; reconozco su equidad, y la recibo en castigo de todos mis pecados.

Castigad, Señor, castigad de muerte á este criminal; mas perdonad á un pecador arrepentido.

En seguida excitad en vos el sentimiento de haber merecido la muerte, y aceptadla en castigo de vuestros pecados.

3°. Como cristiano y creatura nueva.

Regenerado en la Sangre de Jesucristo, rescatado por los méritos de la muerte de mi Dios, acepto la muerte con gusto, complaciéndome en

tener un medio de reconocer su amor para conmigo, y de dar mi vida por quien me ha amado hasta morir por mí.

Por un exceso de amor ¡oh Dios mío! no habeis perdonado á vuestro propio Hijo, sino que le habéis entregado por mí á la muerte cruel é infame de la cruz. (1) ¡Que no pueda yo morir una infinidad de veces para reconocer este amor infinito! A lo menos, haré lo que está de mi parte, y acepto con gusto, y por el amor de mi Señor Jesucristo, la muerte que no puedo evitar.

Que yo muera pues cuando sea de vuestro agrado, ¡oh Salvador mío! pero que muera yo por amor, por un motivo de amor, y en el ejercicio mismo de vuestro santo amor. Así sea.

X.

Otro acto de aceptación de la muerte.

(Propio para hacerse un día de cada mes.)

Señor, Dios mio, Creador y Hacedor de todas las cosas! Yo adoro vuestra infinita grandeza y majestad, y os reconozco por árbitro supremo

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. Rom. VIII, 32.

de la vida y de la muerte. Y sometiéndome al terrible decreto que pronunciásteis contra todo mortal, acepto mi muerte con espíritu de penitencia, uniéndola á la muerte que por mí sufrio Jesucristo. ¡Ojalá pudiese con este sacrificio rendiros un homenaje digno de vuestra majestad infinita y dominio supremo, y expiar juntamente el mal uso que hice de mi vida! Acepto desde ahora la muerte con todas las angustias y dolores que la acompañaren, en el tiempo, forma y manera que sea más del agrado de Vuestra Majestad. Sí, consiento en que mi alma sea separada del cuerpo, en castigo de haberse separado tantas veces de Vos por el pecado. Acepto la pérdida de mis sentidos, y aun la privación de la razón, si tal es vuestra voluntad, en satisfacción de tantas injurias como contra Vos he cometido, empleando mal estos dones que recibí de vuestra bondadosa mano.

Acepto también el que mi cuerpo sea sepultado, pisado de las creaturas, comido de gusanos y reducido á polvo, en castigo de la soberbia, orgullo y vanidad que he albergado en mi corazón durante mi vida, y de las muchas veces que he preferido el amor de las creaturas y de mí mismo á vuestra santísima voluntad.

" Justo sois, Señor, y recto es vuestro juicio. „ Justísimo es que así sea tratado este cuerpo de pecado, que tantas veces se ha rebelado contra Vos.

Pero mientras obre en mí vuestra justicia, os

pido, Señor, que no me olvide vuestra misericordia. No me neguéis la gracia de recibir á tiempo y con fervor los últimos sacramentos. Y si en castigo de mi tibieza en recibiros ahora, quisiéseis privarme entonces de este beneficio, concededme la gracia, y no permitáis otra cosa, que mi alma poseída de vivos sentimientos de fe, esperanza, caridad y contrición de todos sus pecados, expire en vuestra amistad y gracia en el seno de los sagrados corazones de Jesús y María, pronunciando sus dulces nombres, y pase á la eternidad, bajo su protección y amparo. Amén.

XI.

Otro acto de aceptación de la muerte.

(Que puede hacerse el lunes de cada semana.)

Soberano Señor de vida y muerte, mi Señor y mi Dios; Vos que en castigo del pecado habéis condenado al hombre á morir, vedme aquí postrado á vuestros pies para someterme á vuestra ley y adorar vuestra justicia. Por las innumerables faltas de mi vida, he merecido mil veces la sentencia con que me condenáis; la acepto pues de vuestra mano paternal, como justo castigo de mis crímenes. Así

¡Dios mio! que se haga en mí vuestra santa voluntad: pronto estoy á obedecer. Muera yo, pues que así lo ordenáis, y que muera, cuando, en el sitio y del modo que queráis. Pero ¡oh Vos, que sois el mejor de los padres! ¡Tened misericordia de vuestro hijo tan favorecido! ¡Haced que muera con la muerte de los escogidos; haced que espire pronunciando los dulces nombres de Jesús. María y José! A merecer esta preciosa gracia quiero de aquí en adelante dedicar toda mi vida. Así sea.

XII.

Otro acto de aceptación de la muerte.

(Que se hace todas las noches en el examen.)

Después de los cuatro primeros puntos que se hallan en el Eucologio de los colegios, se añade el siguiente:

4°. PONGAMONOS EN EL ESTADO EN QUE QUISIÉRAMOS HALLARNOS EN LA HORA DE LA MUERTE.

¿Qué será de mí, mi Dios, si me veo obligado á comparecer esta noche en el tribunal de vuestra justicia? Yo merezco el infierno: toda mi vida no

ha sido otra cosa sino una continuación de ingratitudes y de pecados. Mi único refugio es vuestra misericordia; yo os la pido por Jesucristo mi Salvador, y con la esperanza de alcanzarla de vuestra infinita bondad, me rindo humildemente á morir, en el tiempo y en el modo que vuestra Providencia tiene determinado: sí, sí, Dios mio, os hago de corazón el sacrificio de mi vida; quiero morir en satisfacción de los agravios que he hecho á vuestra suprema Majestad: quiero morir para no ofenderos más, para poseeros y amaros eternamente. ¡Oh mi Jesús que morísteis por mí! Acordaos de vuestra muerte á la hora de la mía, recibid mi espíritu y haced por vuestra gracia que yo muera en vuestro amor. Amén.

XIII.

Acceptatio mortis.

Domine Deus meus, jam nunc quodcumque mortis genus prout tibi placuerit, cum omnibus angoribus, poenis ac doloribus de manu tua aequo ac libenti animo suscipio.

(*Indulg. plenar. in morte. 7. mart. 1904.*)

ORATIO AD BEATAM VIRGINEM MARIAM PRO BONA MORTE IMPETRANDA.

O Maria sine labe concepta, ora pro nobis qui confugimus ad te. O refugium peccatorum, mater agonizantium, noli nos delinquere in hora exitus nostri, sed impetra nobis dolorem perfectum, sinceram contritionem, remissionem peccatorum nostrorum, sanctissimi viatici dignam receptionem, extremae unctionis sacramenti corroborationem; quatenus securi praesentari valeamus ante thronum justi, sed et misericordis Iudicis, Dei et Redemptoris nostri. Amen.

(Indulg. 100 dierum semel in die.)

APENDICE III.

EXTRACTO DE LA OBRA: " ESTUDIO DE LA MUERTE, Ó INICIACIÓN DEL SACERDOTE EN EL CONOCIMIENTO PRACTICO DE LAS ENFERMEDADES GRAVES Y MORTALES, Y DE CUANTO SE REFIERE EN ESTE PUNTO AL DIFÍCIL EJERCICIO DEL SANTO MINISTERIO ". POR P. J. C. DEBREYNE, DR. EN MEDICINA DE LA FACULTAD DE PARIS, PRESBITERO Y RELIGIOSO DE LA GRAN TRAPA. PARIS 1845.

INTRODUCCION.

Las ventajas que el sacerdote y el pastor de almas reportarán de este estudio, las expone Debreyne en el prólogo, que por su importancia damos traducido casi en su totalidad. " Si á los hombres graves á quienes dirijimos este trabajo, les interesa en gran manera el ser iniciados en la ciencia de la muerte, les es aun más esencial el tener conocimiento de los signos y de todas les circunstancias prodrómicas que anuncian el término más ó ménos próximo de la vida de los enfermos, á quienes